



## EL TIEMPO ES ENEMIGO DE LA HERMOSURA

*Hay números en el universo que no pueden escribirse  
sino con un universo de ceros.*

*(Ernesto Cardenal)*

El tiempo es un viejo encantador, enemigo de la hermosura.

José María del Campo, el gobernador, oyó decirlo a un payador en la tripa seca de la Puna, que no es la Luna, aunque se parezcan. Oyó mientras ordenaba a sus edecanes aplastar a esta pampa como a un tiranuelo de lodo. La historia existe para los que no hablan como él, por ello aprieta los gemelos de oro como si fueran dientes. A veces los recuerdos le desobedecen la orden suya de que no avancen más. Para algo es gobernador y tiene el poder de callar. Fue cura y es coronel. Tiene el derecho y el deber a que los recuerdos caigan de la leche neuronal a un barranco y para siempre. Llegó a coronel, a gobernador luego y es sacerdote, porque es dueño del olvido. Además de morder los dientes. Tiene un grave problema: las mujeres se enamoran de sus ojos clarísimos y profundos bajo una frente fuera de toda inocencia. Son ojos que campean y bailan aferrados al cuerpo de ellas y, extendidos como un rizoma, las desnuda sin las manos. Ojos lanceolados de flores amarillentas. Ellas, como en un sistema filosófico, se tornan materiales en cuanto se espejan en esos ojos. Se mejoran tanto que prescinden enteramente de la moral, hasta exigirle con las uñas cualquier acto que desarregle sus costumbres. Sienten algo como que al romper los valores dejaran de envejecer.

Rodeado de edecanes, está solo.

Los padres de José María del Campo embarcaron una vez de una provincia gallega de hierro, -se contaba- para venirse foliados y de hierro, muertos solos y lo dejaron solo. Todo lo demás es obra suya, solamente. Ajustaron su niñez con una orfandad de limaduras. Es lo que heredó como vulgarmente se dice, pero incorporándose ahora del camastro da el mandato a su cabeza, un edicto: “¡Basta carajo, ni un solo recuerdo más!” Al próximo lo obliga a



arrodillarse, lo pateaba en el vientre y, sin atardecer o atardeciendo, lo manda fusilar. Los fusilamientos son a esa hora de la oración en que la soledad se trae en angarillas. Aunque suplique ese culo de tiempo, aunque lllore piedad, hasta que él no le vea perforado el tímpano no duerme. Si de algo no se acusa a José María, el gobernador, es de demagogo.

Estaba en la Quebrada durmiendo en una pieza de indio que era más cueva de ratón chinchilla con techo de cardón. Un ventanuco daba a la calle de piedra, en cuyo centro circulaba en acequia agua de los nevados. Tres morteros de piedra para chancar maíz y trigo. A un costado una tinaja enorme, más grande que la altura de un hombre blanco con vientre de tonelada y media. Al fondo la iglesia española, ese armatoste amurallado fuera de plomada y cúpula de pezón de barro. Por la altura andina, sentir la tara de un trapiche de plomo en la cabeza. Los vivos abajo, sin oasis, mascando coca; los muertos para el lado de arriba, en el cementerio del cerro duro y expuesto a los vientos, sin coca.

José María la vio pasar por la calle de esta aldea miserable, empolvada por volcanes, una sombra solitaria, desterrada, cuyo único consuelo era llorar en la alta noche un arrepentimiento tardío. Cuando sus milicianos regresaban de calaveras, borrachines y enmujerados, ella los provocaba en un camino vecinal oscuro, aquel monte o en la encrucijada de una calle desierta. La Viuda les silbaba con las manos en el vientre. Mujer alta y magra, sin pechos donde pudieran mamar palomitas azules, purgaba el pecado sexual con su hermano, esa pasión color rosa como una mancha encarnada que solía salirle del cuerpo se decía. Despojo de mujer doliente, de eterno luto, crujido de enaguas recién almidonadas y lentejuelas azules sin brillo. Ella misma como glosa ininteligible, la explicación oscura a un texto difícil, imposible de entender.

Lo más profundo de ella, se hablaba, pudo ser la piel. Por suerte verla tiró al gobernador del ensimismo como de un caballo. Lo del varón más “bello” de las provincias del norte era en efecto, dicho por mujeres necesitadas que él las preñase con los ojos una sola noche, las resaltase, las abultara varias veces y embrillara con teología o sin ella, las volviera devotas suyas bajo la luz, uncidas a su frente de animal de hierro, exactamente olvidadas en el



relajamiento. Ellas lo adoraban como a una imagen observante de mirada clara. Voluptuosidad de fe en el vientre. Reclamaban de favor, extendidas, vueltas de espalda ser fornicadas hasta la presunción y el relampagueo. Así que encontrar a la Viuda lo sacó de tantas amotinadas y refractarias evocaciones. Fue azaroso descubrirla en un lugar tan alto en la Tierra, donde por falta de oxígeno chapotean los hombres sobre tremedales de tiempo.

Ninguno de sus soldados se atrevió a saludarla jamás, quitarle el manto a la Viuda menos, o responder al silbido de su boca ferina. El que osó reírse de ella murió en el acto con un vómito de sangre. A la sombra de la Viuda, los padrillos erizaban las crines.

No debió enamorarse la Viuda de la belleza del hermano. Suficiente que él fuese tan justo, cosa de por sí repugnante, se decía, como para luego venir ella a enamorarse con una guayaba en la boca y gelatina del membrillo en el cuello. Así que tuvo que enviudar de su hermano como condena y cubrirse de la noche, acostada en la soledad con una lámina gruesa de algodón cardado, engomada, teñida por ambas caras de negro.

Al verla, José María del Campo dejó la cama de tientos, echó a un lado la manta de ovejas coloridas, lavó su barba en la jofaina de porcelana, y salió a la calle desnudo. Amanecía el aire desfilado entre los volcanes apagados. El miembro de él colgaba entre dos piernas endurecidas por Apolo. Desde lejos se oía el pom pom del bombo guía indio, la primera comparsa de carnaval llegada por algún camino a la aldea. Miró hacia el final de la calle apenas al alcance de la mano y pronunció, en voz audible: “Lo que no se parece a nada, no existe”. La calle contestó al gobernador con el pom pom bombisto: “No esté tan seguro coronel”.

La Viuda, en el fondo de la calle al alcance de su brazo, tenía la cara cubierta con velo y, al contemplar el sexo perfecto del macho se espantó primero con los brazos, girando después el cuello a la manera de una trompada recibida por mujer mala, con pateaduras por algo a los huesos largos y encorvados que nacen del espinazo y vienen al pecho. Pero de inmediato pareció irse a otro lugar, tal vez a una cama con otros huesos y unos dedos deslizados hasta el



final. Y recordó lo no debido. Su vida puesta al servicio de algo glorioso como el amor y ella misma expulsada a puntapiés de las pinturas en las cúpulas pobladas de ángeles.

José María se acercó a ella no como gobernador mitrista ni como coronel de la organización ni como ex sacerdote de pobres, ni siquiera como huérfano absoluto, incluso de los recuerdos de hierro de unos padres solitarios que hablaban de una iglesia gallega con torre impura, una lástima repetían, tan “mora” la torre para ellos tan de hierro. La tomó del brazo que era en realidad como un soplo de aire frío salido de una ventana mal cerrada. La condujo con cuidado hasta la habitación, un cubículo de barro. Ella lo miraba vestirse. Se vistió él con sotana, perfumó con agua de azahares de manzana, y volvió a salir con la mujer del brazo hasta la calle. Ella, como al pasar, acarició una corambre colgada de carneros.

Detrás del gobernador iban en persecución las lejanías de fierro con dos esqueletos fundidos y muertos, recién embarcados y ya muertos al llegar, muerto el pezón del que José María mamara óxido tibio, desaparecido hasta que el estómago del crío sintió la oquedad innoble de una teta metálica vacía y dos asas. Tal depravación de falta de leche y un miserable gusto a sal, rastrero e infame gusto a soledad con el que alguien le alzó en el puerto de Buenos Aires, alguien se lo llevó al norte, alguien lo creó sacerdote en nombre del Padre de Hierro, el Hijo de Hierro y el Espíritu Férreo, amén o sea que lo que vino, la Organización Nacional, lo soldó coronel a mazazos, retirándolo del sacerdocio antes, para golpearlo otra vez en la fragua de la historia al rojo, gobernador dos veces, no, tres veces. Y en los ojos le quedó ese acto de fundición que sustituía su vocación por Dios con el goce errado de las hembras consigo.

Un jolgorio, bullangas de gente gozosa y alcoholizada habían llenado las callejuelas que se tocaban por el ancho con las manos. Los puneños -pintados el rostro con tintas violetas y enharinadas las cabezas- peregrinaban de casa en casa llevando el saludo del carnaval. En los habitáculos se bebía chicha clara y bailaba en los patios. Serpentinatas huidizas, papel picado en los dinteles de puertas virreinales, albahaca, amaranto y doradillas silvestres. Vinieron a pasar junto a un puneño ebrio en cuclillas, en la misma actitud que tuviera en el útero de la madre y antes en el útero de la urna funeraria lo tuviera su padre. Sentado en un fondo de vegetación



mezquina, un médano que venía avanzando lo cubriría en unas horas sin que diera cuenta del gigantesco arenal. Por los rincones, varones andinos perdían el semblante cerril o los ojos huraños entre muslos núbiles de muchachas. Los indios disfrazados de indios gritaban en las esquinas, entonaban coplas picarescas y José María del Campo iba de la mano de la Viuda, entre el gentío, sin que nadie viera en ella una Viuda sino a una disfrazada de tal. Y a él un militar disfrazado de Cura. Otra comparsa se acercaba sonando enérgica las cajas, musicalidad erqueña y aire indefinido a melancolía de quenás. Sinfonía de cielos tal vez, una marcha a cuyo interior José María empujó a la Viuda desde el brazo. Las mascaritas sueltas les hacían morisquetas y ella pareció reírse tras el velo oscuro. Estallaban cohetes entre las piernas de la pareja y les arrojaban flores de papel. Él disfrazado de olvido; ella disfrazada de sombra.

Gloría, como cada una de las nueve partes en que el sacerdote mozárabe dividía la hostia consagrada. Le pasaron un botellón de ginebra que el gobernador devolvió y fueron invitados al bacanal de guanacos asados y piernas de llamas con ají divididas en nueve partes. En un momento, de pura alegría, ella silbó.

Todos quedaron lívidos.

Aterrados como escuchando el chiflido de la Viuda, entonces José María del Campo se rió y los demás siguieron la chanza volviendo a latir el corazón de las cajas. Cuando hubo que sentarse a comer, él la retiró disimulando, tomada de la cintura hacia el pedrerío de la calle. No como cura, tampoco como gobernador y menos la tomó como coronel de un ejército en un país al borde de desorganizarse completamente. Los indios estuvieron persuadidos que el disfrazado de cura se alejaba a desfondarse en el cuerpo de la disfrazada de sombra.

José María la condujo al fin al fin del pueblo, adonde pasaba el riacho entre dos hileras de sauces de cabellera verde, revueltas por el viento, tormentosas como si huyeran de una catástrofe cercana. “Todo hombre lleva en sí un dictador, un nihilista y una Viuda”, pronunció sin decirlo porque José María no hablaba, a veces escupía seco dos sílabas y no hacía falta la tercera para que se moviera el mundo. Recordó claramente y contra su orden, a este paisaje lunático como tierras que ignoraba, que no viera, que no imaginara siquiera, de la que tampoco



le habían hablado los dos muertos veloces, fierro en terrones cuya alma debía ser herrumbre escurrida entre los dedos con una torre mozárabe en el corazón antimoro de Cristo. Una tierra de hierro flotando en un cuenco de agua.

Atrás se veía el desierto de piedra. Ella se sentó en un tronco y lo miró tras el velo cerrado, ausente de luz. Se acomodó femenina la falda en unas caderas que ya no eran, por una cintura que bajaba directo hacia los pies, y silbó. José María permaneció así, quieto, oyendo el rumor del agua contra los cantos sin dejar de mirarla. Entonces la Viuda agachó la cabeza contra el regazo y rompió a llorar. Primero con lentitud, de inmediato con su espalda en contracciones ininterrumpidas y violentas, amarga, desgraciada para siempre, y dichosa en la felicidad de este universo carnalero. Tanto de las dos cosas, que lloró tres horas continuas. Cuando de a poco, en silencio, se compuso, él, que seguía allí, se acercó a palparle como un escultor el rostro tras el grueso paño negro: ojos, nariz, boca que no eran... Le pareció que entreabría los labios, entonces la besó sobre el velo, soplándole su aire por el agujero apenas entreabierto de ella. Un aire sementoso; un aire de copulación de aire. Ella se desnudaba paladina, se quitaba las lágrimas como una fuente, se hacía levedad de un zarzal para los ojos de un justo. Los sauces tomaron ese aspecto de franciscanos doloridos que les transfieren la tarde.

Cuando vio que José María del Campo se alejaba, la Viuda lo siguió. Él hizo una seña con la cabeza que no, pero ella continuaba tras los pasos del macho. Él se ocultó en una esquina del pueblo y ella volvió a aparecer: “¡Suficiente!”, vociferó él contra el velo, “¡Es una orden!” Lo era como de coronel y gobernador y cura y huérfano de padres entre lagunas de hierro. Pero ella insistía en escoltarlo entre el gentío, como lastimada en un pie. Él detuvo a un peón de pequeña estatura y abrazándolo por el cuello gritó, señalándola:

—¡La Viuda!

Ella silbó. Él peón, que intentó quitarle el manto para echarle harina, tuvo en el acto un vómito de sangre. Fue cuando toda la aldea de tolas supo, y lo supieron las otras aldeas de vicuñas, y la historia bajó a los valles de ciruelas, descendió por las abras a los campos de alfa



para bueyes, y entró con el mate cebado sobre los carros a la llanura de las cañas, esas versiones antojadizas que siguen contándose un siglo más tarde, una y otra vez sin algarada, que José María del Campo había enamorado a su hermana.

*EDUARDO ELÍAS ROSENZVAIG*